

Borges escribía contra él, sino también Marechal, González Lanuza y muchos otros— uno ha sido el escogido por el temido maestro: Güiraldes. Y el grupo joven no tiene más remedio que aplaudir la opción del maestro ferozmente satirizado: la elección ha recaído en uno de ellos, el mayor, el más generoso, quizá no el más admirado literariamente hasta entonces pero sí, ciertamente, el más querido. Aquél a quien llamaría Roberto Arlt «nuestro hermano mayor, al que era alegre querer»

Del despecho de Borges habla acaso uno de los primeros párrafos de la reseña al libro de Marechal, *Días como flechas*, que Borges escribe en *Martín Fierro* a fines del 26. De paso, conviene señalar que según la programación anunciada, esta reseña hubiera correspondido a Güiraldes. Pero Güiraldes, demasiado envuelto acaso por el torbellino de la gloria y en pleno viaje a París, habría dejado este cometido a Borges —cuya *Luna de enfrente* había sido motivo de celebración jubilosa por parte de Marechal. Borges, a su vez, celebra, pero a contrapelo y desgánadamente: «Indudablemente, mi prosa de conversador taciturno, mi prosa desgana-da de enviones cortos, no es apta para festejar este libro y me hará cumplir zurdamente con Marechal, con mi entusiasmo y con la gratitud que debemos a esa mucha belleza escrita y comunicada. Alguna vez poseí una prosa más conmemorativa, más de aniversario y de júbilo; pero una noche fui en peregrinación a mi patria chica, y (solemne sobre los campitos de la calle Darwin) invoqué los manes de Carrieguito y de don Juan Manuel y arrojé a los harapos de agua criolla del Maldonado mi latinidad. Sentí ruido de fierros viejos. Morí por la patria. Ignoro si he pasado a vida mejor».

Pienso que a la manera socarrona de Jorge Luis, latinidad significa aquí criolledad —el todo por la patria. En efecto: con *El tamaño de mi esperanza*, Borges hubo de morir literariamente por la patria y por su idea apasionada de un criollismo nuevo e ilustrado, al mismo tiempo que Ricardo Güiraldes, su amigo preferido, nacía a la patria y a la literatura con *Don Segundo Sombra*. Precedido por el éxito indudable y precoz de *Fervor de Buenos Aires*, *Inquisiciones* y *Luna de enfrente*, el silencioso fracaso de *El tamaño de mi esperanza* equivale a una cierta muerte, tanto más dolorosa cuanto más inadvertida. Borges, sin duda, pasará más tarde a una vida mejor —pero no sin la mediación de esa nocturna desventura acaecida en la calle Darwin, donde las aguas del Maldonado acaso recibieron, aparte de las confidencias de un Borges desencantado, algún manuscrito vehemente y criollista, hoy irrecuperable.

Para Borges, esta desgarrada y desgarrante vuelta del destino fue, con todo, necesaria para asumir su propio y específico talento. Imaginemos lo

que hubiera sido un Borges perpetuamente criollista entre nosotros –Borges, que fue siempre, eminentemente, un intelectual porteño y que probablemente nunca se haya subido a un caballo. El fugaz criollismo de Borges, concedámoslo, es tanto más un conmovedor homenaje a Güiraldes cuanto más a contrapelo iba del Borges real y existencial, con todas sus limitaciones físicas y sus excelencias y preferencias intelectuales. En esa promoción continental extraordinaria que reúne a Neruda, Vallejo, Rulfo, Carpentier, Asturias, Arguedas y luego Vargas Llosa y García Márquez –entre tantos otros– Borges es el solitario y soberbio satélite de un mundo en el que ni la pampa ni Latinoamérica ocupan, ciertamente, un lugar central. Con la derrota de *El tamaño de mi esperanza*, Borges se encuentra en verdad con su destino sudamericano –un destino que desde entonces en adelante consistirá en dar la espalda sistemáticamente a Sudamérica.

Pero convengamos en que la distancia formal que Borges asumirá como el rasgo fundamental de su literatura no es innata. La distancia no ha sido necesariamente una elección en Borges, sino una dura lección aprendida en el camino de los años veinte. Después de su entusiasmo ultraísta y su apasionamiento criollista, ambos genuinos e innegables, la distancia de Borges sobreviene sólo luego de la incomprensión de sus compañeros de *Martín Fierro*, el calculado silencio de Lugones, el fracaso de *El tamaño de mi esperanza* y ese terrible abandono que Güiraldes, su predilecto, le inflige involuntariamente al morir.

La mejor defensa de Borges, desde entonces, será refugiarse permanentemente en la mirada oblicua, la ironía sagaz, la denuncia al romanticismo o al realismo ingenuo como supercherías que ocultan la verdadera misión de la literatura, que es construir una realidad sólo simétrica a los sueños y revelar a la vez la maravilla y la permanente insuficiencia del mundo. Pero el distanciamiento que Borges adopta como táctica central de su discurso puede haber sido también la consecuencia y la respuesta a distanciamientos existenciales, acaso tanto más dolorosos cuanto menos explayados. Así, de una herida real e insoslayable, Borges aprende a extraer genialmente su mejor arma, la que confirmaría a la vez su soledad y su prestigio.

En la mirada de Güiraldes hacia Borges nace algo de lo mejor de Borges –algo que Borges no pudo nunca olvidar ni traicionar del todo. «La mejor parte de nosotros ha fallecido en él; la secreta virtud que él en cada uno atisbaba», dice Borges en su oración fúnebre por el amigo predilecto (*Síntesis*, año II, n° 13, 1928). El famoso soneto que dedicará Borges a Güiraldes no tiene parangón con ningún otro escrito a ningún otro poeta en la obra de Borges.

Ricardo Güiraldes

Nadie podrá olvidar su cortesía:
era la no buscada, la primera
forma de su bondad, la verdadera
cifra de un alma clara como un día.

No he de olvidar tampoco la bizarra
serenidad, el fino rostro fuerte,
las luces de la gloria y de la muerte,
la mano interrogando la guitarra.

Como en el puro sueño de un espejo
(Tú eres la realidad, yo su reflejo)
lo veo conversando con nosotros

en Quintana, ahí está, mágico y muerto.
Tuyo, Ricardo, ahora es el abierto
campo de ayer, el alba de los potros.

La cortesía y la bondad de Güiraldes brillan aquí, contrapuestas acaso involuntariamente, a la deslumbrante ironía que caracteriza a la obra de Borges. Homenaje del escritor al músico, del intelectual al hombre hermoso. De la literatura, en fin, a algo que es, inexplicablemente, algo más que literatura.

